

Carrizo, E. (2020): *Ciencia y tecnología en la subalternidad*, Buenos Aires, Teseo, 252 pp.

¿Cómo generar una economía autónoma que no siga los pasos de los países centrales? ¿Cómo acabar con la ilusión del desarrollo y del eterno acortamiento de la brecha entre países desarrollados y subdesarrollados? *Ciencia y tecnología en la subalternidad* se presenta como un diagnóstico sobre las diferentes estrategias estatales de investigación científica en un amplio mapamundi de potencias en pugna.

En este libro Erica Carrizo aborda las distintas estrategias que utilizó el Estado argentino para incentivar CyT (Ciencia y Tecnología) en nuestra región. Más adelante, debido al contexto internacional pasarán a llamarse políticas CTI (Ciencia, Tecnología e Innovación). La propuesta general es la de mostrar la historia de las políticas de CTI para luego entrar en el territorio argentino y la historia de las instituciones que las aplicaron. Al final, plantea la posibilidad de generar una política CTI que asuma las necesidades del territorio argentino y genere directrices claras que se mantengan firmes y orienten estratégicamente las investigaciones.

Carrizo busca un posicionamiento desde el cual hablar del “desarrollo”. El acto de posicionarse recorre todo el libro, ella lo expresa desde el primer momento: busca ocupar un lugar. No puede haber una investigación que se desentienda de su territorialidad ni de sus condiciones de posibilidad. Tanto las fronteras de un territorio como la singularidad histórica de sus problemas con relación al “desarrollo” como los juegos de poder que se establecen con los demás territorios son condiciones que suelen estar desatendidas en otros trabajos sobre la misma temática. Con intención de asumir una postura, Carrizo utiliza el concepto de *subalternidad* tomado de la filósofa india Gayatri Spivak (2003).

El grado de imbricación que posean las políticas CTI con la Industria y el Estado es lo que traza la línea entre los países centrales, periféricos y semiperiféricos. Con esta noción Carrizo propone entender que el desarrollo de nuestro país se produce en la *semiperiferia*. Así se comprende mejor el lugar que ocupamos en la

jerarquía mundial entre el centro y la periferia. Asumir nuestra *subalternidad* y reconocernos dentro de un sistema es una estrategia necesaria para volvernos más poderosos. Además, nos hace conscientes y responsables de las relaciones que establecemos con otros países periféricos. Por último, nos ayuda a entender qué tipo de alianzas buscamos y de cuáles deberíamos cuidarnos.

El *mainstream* académico presenta relatos deshistorizados y universalistas sobre el desarrollo. En ellos no se habla de los juegos de poder y jerarquía entre distintos Estados. Estas propuestas desestiman la larga y compleja historia de estrategias que los países centrales vehiculizaron para generar las condiciones de posibilidad de cualquier desarrollo tecnológico. Carrizo por el contrario busca un discurso académico que sea capaz de explicitar la historia de las instituciones tanto nacionales como internacionales que posibilitaron o interrumpieron el desarrollo tecnocientífico en nuestro país.

En el primer capítulo, "Poder e Ilusión", se intenta desmontar la ilusión según la cual el desarrollo se da sin un contexto y dependiendo de los recursos naturales de cada país. Carrizo muestra la rígida jerarquía del sistema capitalista y el rol que se le asigna a los sectores periféricos y semiperiféricos. Los países centrales están interesados en debilitar los Estados de los países semiperiféricos y su toma de decisiones para que las relaciones de poder no cambien. Asimismo, a los países semiperiféricos les interesa identificarse con las directrices de los países centrales para no terminar de caer en la periferia. Argentina, como país semiperiférico que se consolidó mediante el genocidio de su población originaria, cae en la ilusión propuesta por los países centrales en la que el desarrollo tecnológico es un subproducto orgánico de las fuerzas del mercado.

Empresas como IBM, PETROBRAS o Google aparecen luego de una contundente inversión estatal, pero sobre todo acompañadas de un andamiaje institucional capaz de respaldar su proceso de crecimiento durante el tiempo necesario hasta empezar a generar ganancias. No es sino después de un fuerte direccionamiento estatal y el apoyo de países centrales que aparecen los primeros capitalistas

de riesgo con ánimos de invertir, generalmente, incentivados por contratos gubernamentales. Estas empresas contaron con una verdadera burocracia weberiana sostenida en el tiempo. Los estados que las ampararon invirtieron estratégicamente en tecnologías de relevancia social imprescindibles para mantener su propia autonomía. Sin su inversión habría sido imposible que sectores tecnológicos, que en un principio no eran rentables, se volvieran competitivos.

No obstante, los países centrales siempre se encargaron de invisibilizar sus prácticas menos liberales para que los países semiperiféricos siguieran creyendo que hay una mano invisible que regula los aciertos de los otros mientras ellos debilitan sus Estados. Los sectores tecnológicos de mayor relevancia social jamás se desarrollaron “naturalmente” mediante el libre juego de fuerzas del mercado, sino que partieron de un arduo esfuerzo de direccionamiento estatal de la investigación científica. Por este motivo, Carrizo busca desnaturalizar estos procesos y asumir la intervención estatal como parte de cualquier desarrollo tecnocientífico.

El Estado prioriza el bienestar social y de esta manera surgen tecnologías e industrias que resuelven problemas relevantes para la sociedad. Necesidades que parten de los derechos de la población como salud, educación, alimentación o medioambiente pueden no generar ganancias inmediatas y por este motivo el mercado no las prioriza. De esta manera, para que se generen saltos tecnológicos relevantes para el bienestar social debe haber un Estado que se ocupe de dirigir las investigaciones más allá de la producción de ganancia. Por esta razón, Carrizo cierra el capítulo con una postura pos-capitalista en donde la salida de este sistema se dará mediante un Estado que guíe la investigación científica y ponga siempre por delante el bienestar social antes que los intereses mercantiles.

En el segundo capítulo, “La ciencia y tecnología de los subalternos”, muestra la historia de la política CTI mundial y su correlato latinoamericano y argentino. Así, la autora explicita las causas estructurales de la desconexión entre el desarrollo técnico-científico y los problemas socioeconómicos de nuestra región.

Especialmente se focaliza en definir las políticas horizontales de lógica academicista que tuvieron cierto auge antes de la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos, pero que luego fueron reemplazadas por políticas focalizadas *mission oriented*. Estas impulsan proyectos tecnológicos estratégicos y vinculan actores públicos y privados para el desarrollo de sectores, tecnologías y mercados según objetivos nacionales. Su nombre no es arbitrario ya que se dieron en el contexto de la Guerra Fría y fueron el andamio de la carrera tecnológica. El debate Bernal-Polanyi en los Estados Unidos contraponía una postura de autonomía científica total vs. una dirigida por el Estado. Si bien el debate se suspendió durante la Segunda Guerra Mundial luego resurgió y pareció prevalecer el lado de menor conciencia social. Sin embargo, Estados Unidos en la práctica mantuvo su planificación estatal con relación a las CTI y además intervino todo intento de países semiperiféricos por alcanzar autonomía energética mediante la creación de plantas de energía nuclear. Bajo la máscara del control de amenazas nucleares y utilizando organismos internacionales a su favor Estados Unidos pudo conservar su preeminencia nuclear en América.

Esta historia más amplia de las CTI, que tiene en cuenta tanto los países centrales como su intervención en la periferia, nos da un marco general para introducir la historia de las políticas horizontales y focalizadas en Latinoamérica y luego en Argentina. Desde la Segunda Guerra Mundial, con los primeros gobiernos de Perón, aparecen esfuerzos de políticas focalizadas en el sector de energía nuclear. Más adelante tendremos políticas focalizadas de investigación espacial. Sin embargo, a esta postura desde el comienzo se le opusieron las políticas horizontales de corte academicista en donde se parte de una noción falsa de autonomía científica que más que autonomía genera dependencia de la agenda de los sectores requeridos por los países centrales y termina de frustrar la investigación en nuestro propio territorio.

En el capítulo 3, “La identidad de los espejismos”, Carrizo desarrolla un estudio de caso sobre la trayectoria del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de la Nación (MinCyT). El problema de las políticas horizontales que le dan libertad a los científicos es que el Estado se desentiende y queda un organismo

público sin cabeza en donde el ministerio no cuenta con la interdisciplinariedad ni la planificación que se esperaría de un organismo estatal. De esta manera se malgastan muchísimos recursos humanos y materiales, y se producen investigaciones atomizadas sin una visión de conjunto. Es decir, se incita a los investigadores a jugar a los “palitos chinos” para encontrar la forma en que sus esfuerzos se adapten a los planes del Estado que los financia sin un organismo pendiente de mapear estos esfuerzos y orientarlos para fines públicos.

Esta crítica no apunta a privilegiar la ciencia aplicada antes que la investigación general, sino a la necesidad de ocuparse de financiar el andamiaje institucional adecuado para que todas estas investigaciones encuentren su lugar en el territorio nacional en el que se producen, que necesariamente están modificando. El capítulo resalta cómo la tradición subalterna de nuestra periferia se manifiesta en los intentos fallidos de impulsar políticas focalizadas en sectores y tecnologías que no son considerados estratégicos para la Argentina. Así, la autora analiza los aciertos y fallos de las políticas de CTI de los dos gobiernos que se alternaron en el periodo de estudio que cubre el libro (2007-2019): el de Cristina Fernández y Mauricio Macri.

En el capítulo 4, “Estrategia en los márgenes”, se analizan dos estudios de caso: las políticas de investigación de energía nuclear y las de comunicación satelital, que entre 2007 y 2015 estuvieron bajo el liderazgo del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios (MINPLAN) y que, en oposición a la política CTI del MinCyT, actuó en sectores socioeconómicamente estratégicos bajo consignas de autonomía tecnológica e integración de la Industria nacional. Así se analizan las diferencias entre los grados de articulación que tuvo el MinCyT y el MINPLAN durante el gobierno de Cristina Fernández y hasta qué punto fueron intentos de definir políticas de Estado. Luego se analiza la tradición del neoliberalismo periférico que arrastra nuestro país desde la dictadura hasta el 2001 y que retoma el gobierno de Mauricio Macri con su consecuente degradación institucional, presupuestaria y operativa en las políticas CTI.

Finalmente, en el “Epílogo”, la autora ofrece una serie de recomendaciones sobre la política de CTI que debería seguir Argentina teniendo en cuenta su historia y los intereses de los distintos actores que vehiculizaron esas políticas en este territorio. Considerando el recorrido del libro se puede ver cómo los países centrales se esfuerzan por mostrar una imagen ingenua de la investigación y el desarrollo tecnocientífico, ocultando las presiones que ejercen sobre otros países y en su propio territorio para dirigir los esfuerzos de sus investigadores. En nuestro territorio vemos de forma evidente la intervención de Estados Unidos desde la dictadura con el Plan Cóndor en el marco de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Sin embargo, el libro hace hincapié en otras formas de intervención. Desde las regulaciones sobre energía nuclear o las exigencias de los organismos de financiamiento para desmantelar servicios básicos, hasta la presión de empresas privadas que buscan adquirir, con el consentimiento de gobiernos neoliberales, posiciones geoestacionarias en el espacio e infraestructura que se ha desarrollado con fondos estatales.

Estas intervenciones violentas e ilegales sobre nuestro territorio dan cuenta de los peligros que corre la semiperiferia latinoamericana. La “Teoría de las Ventajas Comparativas” de David Ricardo nos condena desde su eurocentrismo a ser proveedores sometidos de recursos naturales sin la posibilidad de accionar estratégicamente desde nuestras instituciones políticas. Carrizo muestra mediante una genealogía explícita de las políticas de CTI en nuestro territorio cuáles son los desafíos de construir y sostenerlas como políticas de Estado y los peligros de desentendernos de ellas y degradarlas a políticas públicas circunstanciales. Las decisiones que se tomen y se militen al respecto pueden determinar la autonomía de nuestra región o el eterno sometimiento a los países centrales que encaran sus políticas CTI como estrategias estatales, mientras a nosotros como subalternos nos exigen lo contrario.

Lautaro José Amore

Bibliografía

Spivak, G. (2003): “¿Puede hablar el subalterno?”, en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, pp. 296-364.

Parente, D., Berti, A. y Celis, C. (coords.) (2022): *Glosario de Filosofía de la Técnica*, Adrogué, La Cebra, 552 pp.

Aventurar una reflexión crítica sobre la técnica ha sido una de las preocupaciones centrales de quienes impulsan y participan de los Coloquios Internacionales de Filosofía de la Técnica, desde el año 2009. Derivado principalmente de esos encuentros, como también de otras actividades asociadas, el *Glosario de Filosofía de la Técnica* (GFT) es una propuesta que reconstruye, de forma amena y rigurosa, diversos tópicos y conceptos articuladores de las indagaciones contemporáneas sobre la técnica. Publicado por ediciones La Cebra en mayo de 2022, el GFT responde a un área de vacancia en la literatura especializada y ofrece una extensa lista de palabras que permite pensar en múltiples dimensiones y abordajes sobre el fenómeno técnico, como también en sus vinculaciones con los problemas políticos, éticos, estéticos y sociales del presente.

Así, desde algunas entradas es posible pensar sobre los desafíos que se abren frente a la creciente tecnificación y digitalización de la vida, el tipo de respuestas que exige un problema como el cambio climático, las tensiones que surgen de las tendencias de aceleración del capitalismo contemporáneo, como también los protocolos de lectura necesarios para habilitar ciertos cursos de acción que den lugar a relaciones de menor dominación y mayor justicia multiespecie. Este primer volumen, coordinado por Diego Parente, Agustín Berti y Claudio Celis, cuenta con 124 entradas y presenta una amplia cartografía que remite a conceptos -tanto canónicos como contemporáneos- y a una diversidad de discusiones vinculadas a diferentes líneas de investigación. Quisiera detenerme en tres aspectos de este proyecto, para desde allí pensar

su singular aporte al campo de estudios teóricos y críticos sobre la técnica.

En primer lugar, su carácter de glosario. En tanto catálogo de palabras permite una aproximación a las discusiones y preocupaciones vinculadas a las indagaciones sobre la técnica al ofrecer diversas claves de lectura, para pensar sobre determinados problemas, entidades y desafíos. Una serie de términos específicos que van desde el “futuro” y la “distopía técnica” hasta las “nanomáquinas”, los “estándares”, el “*machine learning*”, la “reproductibilidad técnica”, los “objetos digitales” y las “formas y funciones técnicas”, recoge también las “técnicas de sí”, las “prácticas tecnológicas”, el “sesgo maquínico”, las “tecnologías patriarcales” y las “tecnologías de poder”. No existe una única palabra como tampoco una explicación última que condense la heterogeneidad de la técnica. La impronta simondoniana se impone al resistir un empleo general del término. Más bien, como reconoce el prólogo, se trata de desplazar aquellas miradas unilaterales y omniabarcantes sobre la técnica o la tecnología para dar lugar a marcos interpretativos más modestos.

Por otra parte, su propia forma es signo visible de cómo un libro es una extensa red de contribuciones de diversa índole que involucra autoras y autores, colegas, revisores, editores, correctores, amistades humanas y no humanas; como también universidades y programas de investigación, políticas e instituciones públicas que financian y hacen posible la investigación en ciencia y tecnología, y un largo etcétera. Siguiendo estos hilos, también resulta interesante destacar que, a diferencia del mecanismo habitual de producción y corrección académica mediante doble referato ciego, todas las entradas del GFT se vieron sometidas a revisiones abiertas y cruzadas entre pares que en ciertos casos, como indican sus coordinadores, derivaron en coautorías. Una apuesta desafiante que reconoce cómo el trabajo intelectual, mediante colaboraciones y conflictos generativos, crece en redes dando lugar a una escritura que siempre es una conversación en donde las ideas no son propias (Haraway, 2021).

En segundo lugar, destacar el recorte ofrecido. Si bien no se trata de un volumen completamente exhaustivo de toda la terminología asociada al área, la grilla propuesta habilita, en cierto modo, una aproximación crítica a partir de nociones, discusiones y preocupaciones vinculadas a diferentes indagaciones y líneas de trabajo sobre la técnica. Un campo amplio que se nutre de las contribuciones más diversas evidenciando así no solo múltiples perspectivas, sino también una auténtica congregación pluridisciplinar. En este punto quisiera pensar-junto al gesto de Donna Haraway que, al convocar a Marilyn Strathern, permite detenerse en aquellas ideas que usamos para pensar otras ideas. Por ejemplo, las entradas sobre el “análisis socio-técnico” o la “teoría crítica de la tecnología” permiten tensionar el “determinismo tecnológico” presente en ciertos modos de pensar y analizar la tecnología y el cambio tecnológico, al dar cuenta que ambos no son universales y lineales, como tampoco son política y socialmente neutrales, o siguen una trayectoria autónoma que evoluciona de acuerdo a su propia racionalidad.

Conceptos como “tecnofeminismo”, “ciberfeminismo” o “filosofía feminista de la técnica” demandan una ampliación del canon disciplinar. Al remitirnos a los aportes de los estudios realizados por los feminismos del Norte permiten dar cuenta de los complejos vínculos de nuestras relaciones con la técnica que, al cuestionar el orden capitalista y patriarcal, tensionan nuestras construcciones sobre las formas de vida, los cuerpos y los géneros. También, al recuperar los valiosos aportes de los Estudios de Género, Ciencia y Tecnología y de los “ciberfeminismos” en América Latina, permiten ubicar en el centro de las discusiones la necesidad de pensar “tecnologías situadas”. Requerimos de marcos interpretativos que permitan reconocer la relación de co-constitución que tenemos con la técnica, para así propiciar nuevas formas de ser-con ellas que no impliquen lógicas de dominación y extracción.

Por otro lado, entradas como “plataforma”, “objeto digital”, “programa”, “computación”, “código”, “información” o “patrón” permiten considerar tanto las posibilidades y oportunidades, como los límites y problemas que se abren frente a la creciente ubicuidad

de las computadoras y tecnologías digitales en nuestras vidas. Al considerar cómo han alterado significativamente nuestros sentidos asociados a los objetos, el arte, la política, el trabajo, la materia y el capital habilitan aproximaciones más precisas que permiten sortear las miradas tecnofóbicas y tecnofílicas respecto de nuestro presente.

También, expresiones como “antropoceno”, “actante”, “cosa”, “giro ontológico”, “agencia material”, “nuevos materialismos”, “posthumanismo”, “cyborg” o “naturocultura” permiten una serie de cuestionamientos de particular interés. Cada una a su modo, en función de los domicilios provisorios que proponen sus modos de mirar, permiten tensionar el antropocentrismo y las dicotomías constitutivas del pensamiento “falocéntrico occidental” (Haraway, 1995:253), habilitando una crítica a la idea de agencia exclusivamente humana y dando cuenta de la necesidad de pensar en términos de una ontología más plana, extensa o relacional.

En tercer lugar, quisiera indicar ciertas escenas o paisajes teóricos de los que participa. Aquí me interesa pensar-con un gesto que Emmanuel Biset (2021) despliega al mirar un libro a partir de sus vínculos con otros textos. Es decir, cómo ese texto participa de una trama más amplia de discusiones con otros textos, donde las referencias cruzadas entre unos y otros permiten ingresar a ciertas zonas de pensamiento. Los nombres de Peter Sloterdijk, Vilem Flusser, Gilbert Simondon, Hans Jonas, Niklas Luhmann, Régis Debray, Gilles Deleuze y Félix Guattari se encuentran ya en el índice; como también, aunque no explícitamente, los de Donna Haraway, Andrew Feenberg, Bruno Latour y Walter Benjamin. El GFT recoge aportes de la teoría alemana de los medios, la teoría crítica de la tecnología, la teoría de la construcción de nichos, la teoría del Actor-Red, como también de una diversidad de perspectivas críticas vinculadas a la cibernética y la teoría de la información, los feminismos, los aceleracionismos de izquierda, el giro ontológico, los nuevos materialismos y los estudios en Ciencia, Tecnología y Sociedad.

Así, el *Glosario de Filosofía de la Técnica* constituye un mapa ambicioso, ecléctico y riguroso que permite disponer de una serie

de herramientas críticas que abren perspectivas novedosas y líneas de orientación más acordes a los desafíos presentes y por venir.

Agustina Piumetto

Bibliografía

Biset, E. (2021): "La vida de los signos. Reseña de Cómo piensan los bosques de Eduardo Kohn", en *Ideas, Revista de filosofía moderna y contemporánea*, N° 14, pp. 208-219.

Haraway, D. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Trad. Manuel Talens, Madrid, Ediciones Cátedra.

Haraway, D. (2021): *Testigo Modesto @ Segundo_Milenio.HombreHembra © _Conoce_OncoRata®: feminismo y tecnociencia*, Trad. emma song, Buenos Aires, Rara Avis.

Flusser, V y Bec, L. (2022): *Vampyroteuthis infernalis*, trad. Laura González Flores, México, Herder, 210 pp.

Una fábula en la cual las garantías de una humanidad, aparentemente tan segura de sí misma, se deshace ante la emergencia de aquello que le repugna, que le genera asco, que desecha, que sacrifica y que le es indiferente. Este es el camino que Vilém Flusser emprende en la reciente traducción al español y edición con dibujos de Louis Bec a cargo de Laura González Flores del *Vampyroteuthis infernalis*. Se trata de una fábula en donde un octópodo, habitante de las profundidades de los océanos, hace visible un entramado de circunstancias y de condiciones reflexivas por fuera de lo humano. Este molusco perteneciente a la clase de los *Cephalopoda* y dentro de estos al género *Octopoda* –pero como afirma Flusser con rasgos de otro orden de animales como los *Decapoda*– hace temblar el edificio bien construido de la cultura humana. En

un ejercicio comparativo y de “contraposiciones reflejadas” con la figura del *Homo sapiens*, el *Vampyroteuthis* pone en cuestión lo que el autor llama “la realidad humana”. Este animal expone el camino exploratorio del mundo del hombre que Flusser caracteriza en los siguientes términos: el “encuentro de sí mismo en el otro extremo del mundo”. Ese “sí mismo” no responde a una suerte de ego narcisista humano sino a la fisura expuesta en el hallazgo de que “en el fondo el único tema del hombre es el hombre” (162). El *Vampyroteuthis* hace explotar aquello intolerable y hunde al humano, implica “perder al hombre” (165) y *vampyrotheuthizarlo*.

Escrito a principios de 1981, la reciente traducción de este libro adquiere nuevos ecos en el marco del capitalismo de la información, donde las formas de la hibridez y las alianzas naturotécnicas se materializan. Esta narración teje una trama en la cual la “muerte de Dios”, el pensamiento de la cibernética, el cálculo proposicional y la biología se encuentran en un nuevo plano que Flusser denomina como una “cultura alternativa”; la “cultura vampyrotéuthica” (119). A lo largo de los capítulos resulta claro que uno de los objetivos centrales de esta fábula se encuentra en volver a pensar los modelos técnicos y tecnológicos que signan la cultura contemporánea. La codificación, la transmisión de información y mensajes, el programa de los aparatos, los artificios y las estrategias de formalización son el medio a través del cual el *Vampyroteuthis* manifiesta su “cultura del señuelo”, del “como si” (123).

El recorrido que traza esta fábula inicia con una interrogación por el género, la especie y la clasificación taxonómica del *Vampyroteuthis*. Tal como señala Flusser, esta especie es difícil de atrapar tanto en las redes de la pesca como en aquellas del conocimiento (37). Pero esta dificultad no se traduce en una incomprensión de este *Octopi*, en la medida que los seres humanos participan de las mismas variaciones de la información genética que conforma el “programa” de toda la vida en la Tierra. Aquello que Flusser consideró posteriormente en los términos de una cultura de los aparatos y de una codificación de la información sobre el nuevo horizonte de la cibernética –en trabajos como *Für eine Philosophie der Fotografie* de 1983 y *Ins Universum der Technischen Bilden* de 1985– subyace en este texto a todo aquello que conforma lo vivo en la

Tierra. Aquí se pone de manifiesto cómo para este autor los límites entre lo biológico y lo maquínico, entre lo natural y lo artificial se encuentran, desde siempre, completamente desdibujados. Hay entonces en el *Vampyroteuthis* un horizonte compartido con el humano que tiene que ver, fundamentalmente, con la memoria y el almacenamiento de datos. Tanto uno como el otro comparten un *estar-en-el-mundo* que se codifica en sus “capas profundas” y se diferencia en los procesos o los “camino” que toman para realizarse. Con un vocabulario explícitamente heideggeriano Flusser afirma, en el primer capítulo, cómo a pesar de la aparente lejanía del *Vampyroteuthis* éste constituye un *Mitsein*, un “ser-con” que posibilita volver a reflexionar sobre el mundo y nos lleva a ejercer un cambio de perspectiva en la cual la existencia vertebrada sea interrogada “desde el punto de vista del molusco” (44).

El segundo capítulo pone en juego una operación que invierte la concepción antropocéntrica de la vida. Al recuperar la tradición de la teoría evolutiva Flusser propone pensar un Darwin vampyrotéuthico y traza una historia evolutiva que pone en evidencia el origen común, las estrategias ciegas, automáticas y azarosas de la evolución sin derivar de esto la posición humana. Este pensador de la técnica modifica el objetivo de la teleología evolutiva hacia el *Vampyroteuthis*, para poner en evidencia que este molusco lleva a cabo procesos de mentalización. Tal como menciona Flusser: “no tememos admitir que el *Vampyroteuthis* piensa de manera análoga a nuestro pensamiento” (67). El “comportamiento animal” deja en claro que la “mente” no es una prerrogativa humana en la medida en que se trata de un conjunto de capacidades ya inscritas en el mismo programa de la vida. De este modo, la génesis de este molusco es concebida por el autor a la manera de un juego de espejos en donde la existencia humana y vampyrotéuthica muestran sus particularidades. La existencia de uno refleja la del otro y las convergencias expuestas evidencian que ambos son el resultado “del azar [y] del método de «ensayo y error»” (p. 70). No hay ninguna predeterminación en el proceso evolutivo y es esa lógica, de la contingencia o la eventualidad, la que los encuentra a uno y a otro.

La cuestión que atraviesa la propuesta flusseriana tiene que ver con la codificación aparatística de los cuerpos y organismos. Es esta condición de un formalismo maquínico lo que configura el mundo del *Vampyroteuthis* y lo que, a su vez, remueve lo técnico del ámbito exclusivamente humano. La ontogénesis y la filogénesis de los organismos despliegan un proceso de codificación y almacenamiento de información que da como resultado los diversos "individuos". Pero hay que tener en claro, tal como lo señala el autor, que estos "individuos" no refieren a entidades aisladas sino a un "tejido de relaciones" que configura el mundo de este *Octopi*. El libro invita entonces a una *implicación* en la situación del *Vampyroteuthis*, una implicación con su hábitat, con su ambiente, con su mundo. En la medida en que este animal desafía las certezas humanas, pierde efecto un "método fenomenológico" que nos permita sumergirnos en el océano y explicar el mundo del *Vampyroteuthis*. No hay nada para explicar porque su sola existencia desarticula la confianza en una epistemología humana dominadora y controladora de todas las formas de "entendimiento". Es así necesario, para Flusser, hacer el intento de asumir el punto de vista del molusco sobre su propio hábitat "que es el planeta Tierra" (87). De este modo, la Tierra se nos presenta como el lugar más extraño y desconocido, más lejano que el resto de los planetas en el Sistema Solar. El mundo del *Vampyroteuthis* nos empuja a una deshabitación de los hábitos sedimentados en la humanidad, nos lleva a "procurar habituarnos a lo inhabitual" y a volver a descubrir lo inhabitual del hombre. Frente a una serie de fórmulas bien formadas en las cuales la humanidad se siente segura, el hábitat del fondo del océano expone lo inhabitual e inhabitable que es lo humano. El *Vampyroteuthis* hace patente que la existencia no es más que un *ser-en-el-mundo*, un abismo que carece de todo fundamento seguro y que solo deviene a través de un gesto pasivo que Flusser caracteriza como un sorber el mundo. Son los ocho tentáculos que rodean la boca de este molusco los que modifican su mundo, un proceso realizado por "tentaculación" y no por "manipulación", como lo hace el humano.

El programa que configura la cultura vampyrotéuthica no es aquel que apunta a cambiar el mundo o su mundo con el fin de remover los problemas, inmunizarse a ellos y encontrar soluciones,

no es el camino de una emancipación con respecto de todo lo existente lo que caracteriza la cultura de este molusco, sino que se trata de una “inyección” de objetos, de una precipitación contaminante y digestiva. Por eso Flusser señala que: “la cultura en el significado humano es remoción de «naturaleza»; la cultura en el significado vampyroteuthico es crítica de la «naturaleza»” (100). En el cuarto capítulo, el autor propone pensar cómo opera la reflexión, en tanto proceso mental, en este molusco. La reflexión que ejerce el *Vampyroteuthis*, su filosofía, traza un modo de pensar radicalmente diferente al humano. Su razón, como afirma el autor, es sexual, pública y apasionada. En tanto ente productor de cultura el *Vampyroteuthis* es un “ente histórico” y esto se debe, justamente, a que éste animal reflexiona, procesa datos, controla su almacenamiento, sistematiza su memoria, elabora catalogaciones de la información disponible y ejerce crítica sobre esta información. Su condición es entonces histórica. Pero a diferencia de los humanos para los cuales su historicidad se encuentra contenida en objetos, en una “cultura objetiva”, para este *Octopi* su historia está contenida en la coloración de su piel y en la secreción de sus glándulas. En ese sentido es que Flusser afirma que las funciones de las glándulas de estos moluscos son lógicas, ontológicas y epistemológicas “como la función de los dedos humanos”. Pero la “pequeña” diferencia es que sus glándulas no son mortales, como sí lo son nuestros dedos (121). El *Vampyroteuthis* expone, por lo tanto, un modo de relación con el resto de las existencias, con el mundo, a partir de un proceso de codificación que esconde los mensajes a la manera de enigmas. En ese sentido es que el autor afirma que este molusco es un estratega que opera por artificios y “demagogias” (123). Frente a un impulso moderno siempre clarificante en la comunicación humana, la comunicación del *Vampyroteuthis* tiende a un “desciframiento equívoco”.

El último capítulo se detiene en la emergencia del *Vampyroteuthis* y expone las motivaciones y las implicancias de contar esta fábula. La actuación de este *Octopi* busca alterarnos. Y debe alterar aquello que Flusser denomina “las redes de las ciencias” (167). No se trata meramente de advertir la existencia de “ficciones científicas” sino de plantear la existencia de “ciencias ficticias”. Esto significa poner bajo sospecha la universalidad,

objetividad y utilidad de las ciencias para la vida. El *Vampyroteuthis* emerge como un catalizador, como aquel extraño que altera y desacomoda el modo de existencia de la cultura humana. Su visión infernal desorganiza y expone los límites de la certeza moderna que ha signado la vida de los seres humanos.

La publicación incorpora también a modo de epílogo una conferencia pronunciada por Louis Bec (biólogo y zoosistemático) denominada “Cefalódicamente suyo” y publicada por primera vez en 1990. Sus palabras ponen de manifiesto cómo al calor de una amistad con Vilém Flusser es que surge el *Vampyroteuthis Infernalis*. Como una quimerización que funciona por medio de la clonación y no del montaje, este personaje concretizó cefalopodicamente un diálogo. El *Vampyroteuthis* no es solamente aquello que constituye gran parte de la biomasa sino también, como afirma este científico, una ficción de “interface comunicativa” (209). Al exponer los umbrales en los que se encuentra la vida artificial y la vida biológica Bec y Flusser diagraman un escenario del pensamiento técnico que rebate el idealismo purificador del comportamiento relacional y locutorio de la especie humana. El personaje de esta fábula muestra en qué medida las acciones de la humanidad encuentran sus límites en aquello que es considerado como lo más propio, lo más característico de su especie: la cultura. Es la técnica, la ciencia, la capacidad reflexiva y la producción de sentidos y recuerdos lo que se suspende ante la emergencia de este molusco. Es el narcisismo humano lo que aleja a estos viviente en un solipsismo individuante. Esto queda mucho más claro cuando Bec señala que “los zoólogos nos han dado una prueba evidente de que nunca han tenido amigos, incluso entre las bestias, y de que han vivido sin pulpos de amistad” (210). Este invertebrado, el *Vampyroteuthis*, es el más lejano de todas esas “bestias” con las cuales compartimos este planeta y, sin embargo, es aquel que nos expone el reverso de nuestro modo de ser en tanto especie depredadora. Esta fábula sea quizá un intento de poner en juego la impactante idea de que los amigos nunca son los cercanos sino los lejanos, a la vez que expone un modo de ser humano que pareciera estar encontrando su ocaso.

Juliana Robles

Rodríguez, P. (2019): *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*, Buenos Aires, Cactus, 512 pp.

¿En qué medida podemos afirmar que nos encontramos ante un verdadero cambio de época? ¿Cuáles son las condiciones históricas y materiales que nos podrían permitir hablar de la conformación de una nueva episteme? Retomando el proyecto arqueológico de Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*, Pablo Manolo Rodríguez se embarca en el viaje de responder a estas preguntas. Su investigación consiste en un rastreo histórico tan riguroso como urgente que, mediante la recuperación del método genealógico, busca detectar cuáles fueron los hechos históricos que dieron lugar a la gran sucesión de transformaciones que hoy podemos observar en las sociedades contemporáneas, remontando los orígenes de estos cambios al siglo XVIII. Tres serán los filósofos de los cuales partirá para embarcarse en esta investigación. Además de Foucault, el autor retoma a Gilles Deleuze y a Gilbert Simondon, y es a partir de estos tres pensadores que el autor buscará inscribir tanto a la cibernética como a todo lo que la rodea “en un marco general de transformaciones que señale la procedencia de sus problemas y la historia de sus condiciones de posibilidad. Esto es, que pueda establecer una *genealogía* y una *arqueología*” (17).

El trabajo presentado en el libro se desarrolla con miras a retratar de qué manera se ha conformado una nueva condición epistémica en la cual estamos viviendo actualmente. Desde los cambios y aceleraciones en los usos cada vez más sofisticados de la tecnología y la magnificación de sus alcances, pasando por el desarrollo de la inteligencia artificial y el capitalismo cognitivo, hasta aquello que el autor describe como biopolítica molecular. En este sentido, el trabajo realizado por Manolo –que él mismo reconoce como “ecléctico”– abarca una gran variedad de disciplinas, ciencias e historias. Todas ellas son conducidas por su investigación hacia lo que se busca comprender como una nueva episteme. Se trata de pensar en aquellos “hilos que mueven a la vez la filosofía, la biología, la filología, la economía” (18), y tantas otras disciplinas y saberes, conformando un ordenamiento general que está abierto a reconfigurarse a través del tiempo.

En este sentido, mientras *Las palabras y las cosas* de Foucault nos mostraba el quiebre entre la época clásica y la época moderna señalando la aparición de la economía política, la biología y la filología, *Las palabras en las cosas* de Manolo Rodríguez se dedica a estudiar otro ordenamiento de saberes que incluye la aparición de nuevos conceptos que se infiltran en las ciencias ya existentes y, así, producen una serie de alteraciones en nuestras maneras de concebir la vida y el lenguaje. Entre estos nuevos conceptos, encontramos la noción de “información”, cuya centralidad será enfatizada por el autor al declarar que se trata de un concepto que se encuentra en todos lados en la actualidad (pasando por la genética informacional hasta la sociedad de la información). Ahora bien, la pregunta por cómo es que este concepto logró infiltrarse en las ciencias hasta el punto de alterarlas en su propia constitución será abordada en el libro, y el desarrollo conceptual derivado de aquello nos permitirá pensar de qué manera estas nociones han cobrado tanta centralidad en la época actual. Además, siendo fiel a la herencia foucaultiana, en este rastreo el autor buscará definir cuál es el *a priori* histórico que devino en estos cambios, haciendo que se conforme efectivamente una nueva episteme a partir de la cual pensamos y que condiciona nuestro estar el mundo. De esta manera, en el *a priori* histórico de la nueva episteme, Manolo reconocerá al signo como el principio de todas las cosas. Pero no se trata de cualquier signo, puesto que ahora “el signo, la información, se convierten en complejas realidades independientes en experimentos, obras, sistemas filosóficos, prácticas tecnológicas, etcétera” (96). Es por esto que Manolo señala cómo el concepto de información debe ser acompañado por otros conceptos para poder desplegarse tal como lo hace. Se trata de la comunicación, la organización y el sistema; todos ellos desarrollados en el libro.

En el marco de esta serie de transformaciones ocurridas dentro de lo que se describe como un cambio de episteme, a partir del cual “los saberes ya nunca serán como antes” (113), es preciso señalar cómo todo aquello ha afectado a la forma de vida humana y la manera en que esta pasó a ser concebida, así como cuáles fueron las formas sofisticadas de control derivadas de dicha concepción. En otras palabras, ¿en qué ha devenido el sujeto contemporáneo a partir de todo esto? Siguiendo a Manolo, veremos que ya no se trata

del mismo control de los cuerpos característico de la sociedad disciplinaria descrita por Foucault. En lugar de aquello, podríamos afirmar que, dentro de esta nueva episteme, el control se agudiza aún más, adquiriendo otros matices. De este modo, la imagen del sujeto soberano nos resulta insuficiente para comprender las modificaciones sufridas ante el avance de los nuevos usos tecnológicos, puesto que estos últimos fragmentan al individuo en una serie de datos e información medida a través de la estadística. Mediante estos procesos, son los mismos datos los que se vuelven susceptibles a ser controlados y modificados por el trabajo de los algoritmos, generando nuevas formas de programación que, en su despliegue, actúan de manera tal que trascienden aquella vieja concepción del individuo. El control sobrepasa los límites del cuerpo y, en esta fragmentación, hace de cada dato una cosa administrable y regulable. Se trata de un control biomolecular que actúa reduciendo la figura de lo humano en formas de hibridación que dan lugar a lo que, hacia el final del libro, se presenta como las nuevas ciencias posthumanas.

Entonces, retomando el trabajo de Foucault del cual parte este libro, podemos afirmar que ya no nos encontramos en una episteme moderna, donde primaba el estudio del hombre y su historicidad a través de los conceptos de vida, trabajo y lenguaje. Mientras en la modernidad la episteme giraba en torno a la representación del sujeto y su capacidad de comprender la realidad de manera fenoménica, podríamos decir que, en la época actual, el surgimiento de nuevas ciencias tales como la inmunología o la biología molecular no resulta indiferente; al contrario, estas ciencias irrumpen habilitando la conformación de un panorama bien distinto. En este sentido, Manolo describe de qué manera surge una biología nueva que se diferencia de las anteriores, dentro de la cual la informática ocupa un papel fundamental. En estos nuevos escenarios, las representaciones mismas se vuelven autónomas y son capaces de alojar y producir conocimiento por su cuenta. Nos encontramos ante el mundo de la información y la comunicación, donde el lenguaje como tal deja de ser propiedad exclusiva del existente humano y pasa a encontrarse en las cosas mismas, en un sentido amplio, abarcando toda la materia.

En cuanto al desarrollo conceptual, que rastrea de qué manera se conforma un nuevo *a priori* histórico (Foucault), el autor distingue dos etapas. En primer lugar, lo que llama una autonomización de los signos, que se desarrolla entre 1750 y 1850 a partir de la invención de la estadística y su capacidad de medición de ciertas regularidades sociales, y su vinculación con la probabilística y la termodinámica. En segundo lugar, aquello que llama la formalización de los signos, que tiene lugar entre 1850 y 1950. En este período, los signos no solo se vuelven autónomos, sino que incluso la realidad misma se ve transformada por esta nueva disposición a tal punto que “se constituyen nuevos campos empíricos en el interior mismo de las ciencias humanas” (79). En este contexto emergen las nuevas formaciones discursivas, relacionadas sobre todo con la cibernética y la TGS (Teoría General de los Sistemas), las cuales introducen conceptos como: comunicación, información, sistema y organización, cada uno de ellos también desarrollados por el autor en sus respectivos apartados. El punto es que todos estos conceptos comenzaron a influir de manera decisiva en diversos saberes y ciencias, tales como la biología, la psicología y la sociología, entre otras. El resultado de estos cruces dio lugar a una proliferación de nuevos discursos que emergieron paralelamente junto con una serie de prácticas e intervenciones tecnológicas que, en su conjunto, acabaron dando lugar a una configuración distinta de los saberes. A partir del surgimiento de conceptos como el de programa, por ejemplo, o el de teleonomía, que hace referencia a la búsqueda de un fin o propósito que puede tener cualquier tipo de sistema, se observa, entonces, una modificación en la supuesta exclusividad ontológica humana. Ahora se trata más bien de una ontología compartida con las máquinas y los animales, quienes también pueden comunicarse y buscar sus propios fines. De ahí surge la figura de lo posthumano, junto con su consecuente desplazamiento del humano desde el centro hacia una periferia, en donde se encuentra más emparentado con todo lo demás.

Finalmente, es preciso señalar que dichas figuras epistémicas contienen una dimensión política al considerar el modo en el que producen nuevas subjetividades. En un contexto de constante tecnologización y digitalización del trabajo que muchas veces

deviene en alta precarización laboral, de moldeamiento de opinión a través del desarrollo de algoritmos más eficaces que nunca, comprendemos que estos procesos y muchos otros están relacionados con la condición epistémica posmoderna de la cual venimos hablando. “Hace casi setenta años que las palabras, las cosas, las imágenes y los humanos son radicalmente diferentes de lo que habían sido” (492). De este modo, el trabajo de rastrear las distintas confluencias que nos trajeron hasta acá se vuelve una tarea urgente, puesto que deberemos “creer en *este mundo*” (493), aun sabiendo que lo que queda por delante es incierto.

Agustina Marin

Bennett, J. (2022): *Materia vibrante. Una ecología política de las cosas*, trad. Maximiliano Gonnet, Buenos Aires, Caja Negra, 264 pp.

Desde hace ya un tiempo el materialismo histórico propuesto por Karl Marx puso en evidencia la relevancia de la materialidad en la teoría política. El enfoque de esta última como un territorio exclusivo del ser humano, reduce la materia a lo pasivo, lo inerte, lo puramente instrumental. Esto constituye una perspectiva antropocentrada de concebir la materia, en tanto es pensada como algo muerto cuya actividad e influencia solo es un medio o un contexto para la acción humana, ignorando la vitalidad de esta y la agencia activa ejercida por formaciones materiales.

Materia vibrante es la propuesta de Bennett para un materialismo sin las características del excepcionalismo humano. En su libro expone los fundamentos, las ventajas y también la contracara del “materialismo vital” que adopta. Impulsada por el objetivo de promover “formas de cultura humana más ecológicas y encuentros más amables entre la materialidad de las personas y las materialidades de las cosas” (13), la autora propone un proyecto filosófico -para repensar el rol que ocupa la materia en el pensamiento contemporáneo- y uno político -que se ocupa de

suscitar la conciencia de las interacciones que se producen entre la materia vibrante y las cosas animadas.

Para llevar a cabo esta inmensa tarea, Bennett incorpora en su análisis el trabajo de autores como Spinoza -principalmente su idea de los cuerpos conativos que forman alianzas para aumentar su poder de acción-, Latour -de quien adopta la noción de actante, es decir, una fuente de acción que puede provenir de una entidad no-humana-, Deleuze y Guattari -de quienes extrae la idea de un vitalismo material- y otros escritos de la tradición epicúrea, nietzscheana y vitalista. La noción spinozista de afecto -la capacidad de acción y reacción que posee cualquier cuerpo- constituye una herramienta fundamental a la hora de abordar cuestiones eticopolíticas; el enfoque de Bennett está puesto en el efecto de catalización producido por los cuerpos no humanos intersubjetivos.

En el primer capítulo, “la fuerza de las cosas”, se destaca el poder negativo proveniente de la tenacidad de las cosas y también “un poder positivo, productivo que les es propio” (34). Para ello, la autora se apoya en la noción spinozista del *Conatus* -el impulso activo que se encuentra presente en todos los cuerpos- y, al mismo tiempo, se sirve de otros conceptos como aquello que Thoreau denomina “Lo Salvaje” -una fuerza no-exactamente-humana que alteraba a los cuerpos humanos y no-humanos- o la idea de “lo absoluto” de Vries -aquello liberado de toda representación posible y es la fuerza o la efectividad de la separación.

El poder-cosa aglutina todas estas cualidades para dar cuenta de la capacidad que poseen las cosas para “exceder su estatus de objeto y para manifestar rasgos de independencia o de vitalidad” (23) y el a-fuera es la dimensión designada por la materia irreductiblemente extraña. Bennett relata el acercamiento que tuvo con un ensamblaje de “objetos”, en la rejilla del desagüe pluvial de la bahía de Chesapeake, para mostrar en contexto las características previamente mencionadas. La configuración material, el clima, la iluminación y otros factores suscitaban distintos tipos de afecciones en la autora, al mismo tiempo que ponían en evidencia cierta interacción activa entre los distintos actantes.

Esta percepción del a-fuera fue posible gracias a ese ensamblaje de actantes -que interactuaban activamente- y a un a-dentro -una mirada anticipatoria que facilitó dicho extrañamiento. El resto de las subsecciones del capítulo están destinadas al reconocimiento de la vitalidad de distintos actantes no-humanos y a la idea de que todo está constituido por materia vibrante; el poder-cosa representa una alternativa al objeto, como un modo distinto de transitar el mundo no-humano.

En el capítulo dos, la autora desarrolla una teoría que amplía la noción de agencia material. El caso del apagón masivo en Norteamérica, ocurrido el 14 de agosto de 2003, y los conceptos de “agenciamiento” y cuerpos “afectivos”, son las herramientas seleccionadas para dar cuenta de cómo la materia tiende a formar conglomeraciones heterogéneas. Los cuerpos conativos que describe Spinoza tienen también un carácter social, es decir, se encuentran en constante interacción entre ellos, afectando y siendo afectados. Además, la noción spinozista de los cuerpos conativos implican que las cosas son “modos” de una sustancia común y a su vez “todo modo es en sí mismo un mosaico o ensamblaje de muchos cuerpos simples” (71); ser un modo es entrar en distintos tipos de alianzas, modificar y ser modificado por otros modos, para aumentar su potencia como un ensamblaje colectivo de materialidad vibrante.

El ejemplo del apagón masivo muestra cómo una serie de actantes aparentemente no relacionados entre sí -árboles, viento, cables, energía reactiva, centrales energéticas, incendios, construcciones sociales, lingüísticas, políticas, etc.- forman una alianza a lo largo del tiempo, que muta y hace su presencia cada vez más palpable. Como las necesidades de este ensamblaje no fueron resueltas -dado que solo se tenían en cuenta los intereses de los actantes humanos- la red eléctrica que cubría gran parte de Estados Unidos y la provincia canadiense de Ontario colapsó. Si no es posible saber cómo opera la agencia humana “¿cómo podemos estar tan seguros de que los procesos por medio de los cuales los no-humanos se hacen presentes son cualitativamente diferentes?” (91). Una alternativa para pensar el poder de los ensamblajes es el

concepto chino del *shi*, que da cuenta de la eficacia que nace de la disposición de las cosas y no de una iniciativa humana.

En el tercer capítulo, “materia comestible”, la autora se ocupa en particular de los actantes que ingerimos y cómo se relacionan por dentro y por fuera del ser humano. Las grasas alimenticias -como los ácidos grasos omega 3- pueden producir diversos cambios en el organismo y en el comportamiento, ya sean efectos positivos o adversos. Bennett remarca que estos efectos no deben entenderse de manera mecanicista, es más probable que en estos casos esté operando una causalidad emergente -ciertas grasas tienen un efecto que varía dependiendo el cuerpo que las ingiere y pueden generar patrones impredecibles.

Ingerir una sustancia es entrar en un ensamblaje en el que ambos cuerpos sufren paulatinas transformaciones hasta que son indistinguibles uno del otro. Según la autora, pensar en la comida como materia inerte “alienta nuestra práctica actual de un consumo agresivamente dispendioso que pone en peligro al planeta” (123); comprender la materia como algo vivo, puede ser el puntapié inicial para el surgir de una sociedad más ecológicamente sustentable.

El capítulo cuatro se centra en la figura de la vida y hasta qué punto es posible separarla de su asociación con lo orgánico. Una vida es una vitalidad propia, es a-subjetiva ya que no depende de un individuo en particular y “designa la incansable actividad, la presencia destructiva-creativa de una fuerza que no coincide del todo con ningún cuerpo concreto” (134). Los metales son comúnmente asociados con lo pasivo y lo inorgánico. Sin embargo, Bennett considera, como Deleuze y Guattari, que el metal es el arquetipo de la materialidad vital. La vitalidad inorgánica de estos cuerpos se ve reflejada en las partículas metálicas que se alojan en los espacios intercrystalinos de los metales y en la propagación de las grietas. Ambos casos expresan causalidades emergentes donde ambos efectos son parte del mismo ensamblaje, interactuando entre sí, pero también autotransformándose. El ejemplo de la “cadena diamantina” muestra como el metal puede ser fuente de una agencia activa, las cadenas de metal infunden pasividad en otros cuerpos.

El capítulo cinco es una revisión de otras formas de materialismo vital que influenciaron la obra de Bennett. El *Bildungstrieb* propuesto por Kant en la *Crítica de la facultad de juzgar* es el impulso formativo que se adhiere a la materia muerta y la vivifica. Lo que le interesa a la autora es que este concepto refiere una agencia impersonal y ahistórica, que tiene la capacidad de conducir al humano. Otro antecedente importante para el materialismo vital de la autora es el concepto de “entelequia” de Driesch, que describe como “la multiplicidad intensiva a partir de la cual surge la multiplicidad extensiva del organismo maduro” (163). Al igual que sucede con Kant, Driesch comprende que el principio vital no puede ser pensado ni como cuerpo mecánico ni como un alma. Se trata de la fuerza impulsora responsable del fenómeno de la vida.

A diferencia del *Bildungstrieb*, la entelequia es aquello que dispone los cuerpos de los organismos; es un poder de automovimiento y autotransformación. La entelequia refleja la dimensión conativa de la agencia, pero no tiene en cuenta la formación de ensamblajes y circuitos que potencian estas fuerzas. Por último, el *élan vital* de Bergson adopta la forma de un impulso interior que moviliza la materia introduciendo indeterminación; es un haz que se autodirige mientras fluye y se dispensa intensificándose a medida que avanza. Este vitalismo reconoce que la dicotomía vida/materia, en la que se basa, no es una condición permanente sino más bien cambios de dirección.

A inicios del siglo XXI en Estados Unidos se dio otro tipo de debate centrado en la dicotomía materia/vida. Impulsado por el movimiento de la “cultura de la vida”, cuyos principales defensores fueron cristianos evangélicos, entre ellos el entonces presidente W. Bush. El capítulo seis explora cómo surge el “vitalismo de los Últimos Días” impulsado por el debate político acerca de la investigación con células madre.

El movimiento de la cultura de la vida adoptó los postulados propuestos por Kant, Bergson y Driesch que establecían que dentro de los organismos biológicos existe una fuerza vital que constituye un agente libre y que, por lo tanto, no podía ser irreductible a la

materia. Sin embargo, el impulso para ellos recaía en un animismo, el impulso vital era producto de un espíritu. El vitalismo del alma tiene un componente fuertemente antropocéntrico ya que, en uno de sus postulados, la singularidad humana es parte de una decisión divina que pretende jerarquizar las distintas formas de vida, siendo el ser humano el ente más privilegiado por estar dotado de alma.

El capítulo siete tiene dos objetivos puntuales, el primero es pensar en qué sentido las lombrices son como nosotros y el segundo es probar la capacidad política de los actantes. Los estudios realizados por Darwin sobre las lombrices inglesas muestran como ellas inauguran la cultura humana en su fabricación del moho vegetal -que posibilita todas las especies de plántulas y, por lo tanto, una tierra habitable por humanos- y en la preservación de artefactos fabricados -entierran debajo de sus turrículos por largos periodos de tiempo los artefactos no susceptibles a la descomposición. Estos anélidos participan de ensamblajes heterogéneos y sus “pequeñas agencias” se acumulan para formar un efecto macroscópico de gran relevancia. Además, sus acciones no son producto de un instinto mecánico invariable ni una decisión tomada por una divinidad; ellas interpretan el problema y reaccionan apropiadamente ante situaciones diversas.

Un buen ejemplo para entender la potencia de estas pequeñas agencias es el de la transformación de una parte de la sabana en una selva. Esta frontera natural fue vulnerada por un ensamblaje entre vegetación de la sabana, excremento, los metales de la tierra, los microorganismos del suelo y los humanos nativos “están todos ellos respondiendo, en tiempo real y sin un resultado predeterminado [...] La tarea en cuestión para los humanos es encontrar una representación más horizontal de la relación entre actantes humanos y no-humanos” (216). La antropomorfización de actantes es una herramienta que, en su correcta medida, puede ser útil para pensar los entes del mundo por fuera de las categorías de sujeto/objeto y comprenderlos como materialidades vibrantes que forman alianzas.

Hacia el final del capítulo, Bennet se pregunta por la posibilidad de una democracia más materialista y de formar un

ecosistema más democrático. Para ello se nutre de las teorías de Dewey -lo público como una confederación de cuerpos que se asocian voluntaria e involuntariamente-, Latour -la noción de actante, el rechazo a los polos naturaleza/cultura como instancias completamente separadas y la acción política como acción-y-reacción entre "proposiciones"- y Rancière -la idea del *demos* como una fuerza disruptiva que existe dentro del pueblo y el acto democrático que ocurre cuando el *demos* deja en evidencia la arbitrariedad del reparto de lo sensible.

La autora señala la carencia que tienen las teorías democráticas que entienden al sujeto como única fuente de actividad y la materia como puramente pasiva. Como la cultura humana se encuentra ligada a las agencias vibrantes de los no-humanos, la unidad de análisis más apropiada para la teoría de la democracia no debería ser "ni el humano en su individualidad ni un colectivo exclusivamente humano, sino el "público" (ontológicamente heterogéneo) que confluye en torno a un problema" (232) teniendo en cuenta los diferentes grados de poder y de responsabilidad de cada actante.

En el último capítulo la autora va a encargarse de mostrar el vínculo que une a la ecofilosofía con su materialismo vital. Este último, a diferencia de los movimientos ambientalistas, cataliza un público que considera como interlocutor válido los actantes no-humanos. El materialismo vital propone repensar la manera de vincularnos para generar ensamblajes más estratégicos con una incisiva materialidad que participa con nosotros en múltiples ensamblajes.

Este discurso del encuentro con una materialidad vibrante tiene múltiples ventajas con respecto al discurso ambientalista. Si comprendemos el medioambiente como el sustrato de la cultura, entonces hablar de composiciones materiales es aplicable de manera más uniforme a actantes humanos y no-humanos, alejando la mirada de una "Gran Cadena del Ser ontológicamente categorizada" (241). El materialismo vital rompe con la idea de la naturaleza como algo puramente mecanicista o el organicismo teleológico que pretenden algunos ecologistas.

El deterioro de los tres registros ecológicos propuestos por Guattari -el medioambiente, el social y el mental- es retomado por la autora para describir el daño que producen las innovaciones técnico-científicas en el mundo y en nuestras redes sociopsíquicas. Estas tres ecologías conforman un único, el Capitalismo Mundial Integrado, que a través de los módulos de subjetivación construyen el yo psicosocial. Para escapar a esta lógica es importante la construcción de nuevas prácticas micropolíticas, microsociales, estéticas y analíticas para formar un nuevo inconsciente.

Materia vibrante es una propuesta más que interesante para pensar una contemporaneidad atravesada por una multiplicidad de crisis ecológicas, políticas y sociales. El proyecto de Bennett abre las puertas a una innovadora forma de vincularnos con el mundo, rompiendo los esquemas del excepcionalismo humano. La mirada de extrañamiento constante, con la que observamos a la materia inorgánica una vez reconocida su capacidad de agencia, nos permite entender las causas de los eventos como el producto de un ensamblaje heterogéneo de actantes. El materialismo vibrante promueve formas de cultura humana más ecológicas y sustentables con el mundo y los entes que lo habitan.

Leandro Maximiliano Maiolo

Costa, F. (2021): *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*, Buenos Aires, Taurus, 190 pp.

Tal como advierte su contratapa, en *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*, Flavia Costa presenta un panorama detallado de la época homónima al título del libro, una época “en la que, mediante la puesta en marcha de tecnologías de alta complejidad y altísimo riesgo, dejamos huellas dando cuenta de sus principales implicancias culturales y políticas” (9). Para dar cuenta de esto último, la autora analiza las transformaciones epistemológicas y subjetivas más importantes que emergen en el marco del Tecnoceno, y coloca al arte como terreno fundamental

para rastrear no solo algunos de los desplazamientos que se producen en esta época, sino también apuestas y discusiones potentes al respecto. Sin embargo, el trabajo realizado por la autora no se trata de un simple diagnóstico del Tecnoceno, sino que además delinea los bordes de las zonas en torno a las cuales es preciso organizarse y posicionarse. Esto es algo que merece ser destacado ya que brinda algo más que las abundantes descripciones -por otro lado, fundamentales en su gesto- de distintas problemáticas de la época.

Particularmente, lo que me interesa pensar en esta reseña son las implicancias políticas del libro, incluso teniendo en cuenta que ya se han hecho otras a partir de distintos tipos de enfoques que detallan el contenido del mismo, capítulo por capítulo, o que analizan su cara más vinculada a la filosofía de la técnica (cuestión preponderante en el texto). De este modo, propongo leer el libro a través de un intersticio que tiene tres partes, tres vías que en muchas ocasiones se cruzan o se encuentran solapadas. Ese intersticio se abre al preguntarse por el aporte político del mismo.

I

Se puede pensar el libro como un dispositivo particular: una caja de insumos que tienen forma de datos. O, dicho de otra manera, se trata de una caja de datos que funcionan como insumos políticos. En búsqueda de aportes históricos, estadísticos, artísticos, teóricos que permitan esbozar los rasgos característicos del Tecnoceno, la autora convoca en su texto diversas tablas, nombres, fechas, recorridos, categorizaciones, cálculos, obras, numerosas páginas web, que componen lo que considero el resultado de un trabajo de una minuciosa curaduría de datos. En este sentido, la autora realiza una labor-reflejo del área que pretende enfatizar por sus potencialidades: la del arte. De esta manera, logra conjugar en el libro un modo de vinculación entre datos y prácticas artísticas que replica aquellos recogidos en diversos ejemplos a lo largo del libro. A partir de este trabajo de curaduría, el texto logra reunir rigurosidad y apertura, lo necesario para que los insumos sirvan a distintas disciplinas y públicos, sin volverse un material laxo,

impreciso, ni obturado. Como si fueran hipervínculos plasmados sobre papel, en ocasiones en sentido literal, los datos que Costa plasma y comparte en el libro, pueden ser disparadores de nuevas preguntas, nuevos rastreos de lo que promete durar, al menos, unas cuantas décadas más: las investigaciones en torno al Tecnoceno.

En manos de quiénes están nuestros datos, qué producimos cuando estamos en las redes, quiénes tienen propiedad sobre plataformas y estructuras que moldean y sostienen la cotidianeidad de nuestras vidas, qué marcos legales contienen (o no) estos modos de organización de lo social, qué tipo de subjetividades construimos y cuáles están por venir, qué puede significar resistir más allá de la utopía y la tecnofobia. Apenas una porción de lo que el libro sugiere, se pregunta o hace emerger a través de sus insumos.

II

Tecnoceno es, además, una pista de aterrizaje. Con esta denominación, pretendo traer a cuenta una yuxtaposición sobre la que pensé a lo largo de la lectura de todo el libro: aquella que se da entre este y *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política* de Bruno Latour (2019), publicado en castellano por la misma editorial. Ambos libros se encuentran atravesados por la asunción de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos en el año 2017. Quizás el de Latour un poco más, por su cercanía temporal, pero también porque aún no había acontecido la pandemia de COVID-19 en el momento en que escribe. En el caso de Costa, el análisis se ve afectado no solo por el ascenso de la ultraderecha en distintos países del mundo y por la crisis climática, sino también por las formas de vida infotecnológicas -que se intensifican a partir del contexto pandémico.

Al igual que Costa, Latour se aventura a ir más allá de un diagnóstico y se pregunta ante sus lectores *qué hacer*, que es otro modo de preguntarse dónde aterrizar. Ante esta pregunta, el autor responde contundentemente: tenemos que *describir*. Inventariar, recorrer, calcular la Tierra. Este es el punto en el cual se establece un cruce entre ambos libros, por lo menos cuando ambos son

atravesados por un hilo de interrogación política. La sensación que surge al leer *Tecnoceno* es que los datos ya están allí, que ya hemos vuelto mensurable -y que ya hemos medido- gran parte de nuestros mundos y de nuestra tierra. De hecho, no solo tenemos los datos, sino que también se ha producido una inmensa cantidad de información a partir de los múltiples entrecruzamientos que nos permite hacer la digitalización de aquellos. En este sentido, Costa explica que no se trata simplemente de una duplicación del mundo a nivel digital -o de la Tierra, en palabras de Latour, aunque no funcionen como sinónimos-, "(...) sino de una microfragmentación y una multiplicación de las posibilidades de operar sobre el mundo, en maneras y cantidades que nos resultan todavía difíciles de imaginar" (53). De hecho, la autora habla de una transformación a gran escala de lo existente en datos, justo aquello que Latour parece postular como la tarea a emprender. Como sugiere Isabelle Stengers en *La propuesta cosmopolítica* (2014), Latour advierte que hay que tomarse un tiempo, ralentizar, para describir: "[n]inguna política sería honrada si no propusiera retomar la descripción de terrenos de vida que se han vuelto invisibles. No podemos quemar esta etapa" (2019:117). Podría conjeturarse que escriben desde dos mundos distintos, o bien desde dos épocas distintas, aunque sabemos que no es así.

Ante esto, es posible elaborar dos cuestiones. Por un lado, se abre la pregunta por cuánto más podría decir Latour partiendo de las nociones de datificación y digitalización de lo viviente que postula Costa. En otras palabras, de qué modo podría expandirse la pregunta por el *qué hacer*, teniendo en cuenta la cantidad de datos que existen y circulan sobre y a lo largo de nuestro planeta. Es en este sentido que el libro de la autora me parece una pista de aterrizaje a la altura de la pregunta de Latour, y de cierta manera, superadora por su capacidad de desplazarla. Por otro lado, es importante destacar una particularidad de la propuesta del autor francés que permite reflexionar e incluso la vuelve complementaria a la descripción de la época que realiza Costa. Específicamente, advierte que debemos describir aquellos terrenos de vida que se han vuelto *invisibles* y, a continuación, desarrolla las dimensiones que hay que tener en cuenta para realizar esta descripción. Aquí podemos reconocerle al autor su idea sobre lo fundamental que es

hacer foco en, cuestionar, transformar los modos en los que describimos, es decir, las formas de la datificación y la digitalización. Creo que en este punto los autores pueden tener un punto de coincidencia, además de que nos permite pensar que Latour no ignora el panorama epocal brindado por Costa.

Reconocer, en primera instancia, la producción y circulación masiva de datos, habilita la pregunta en torno a los procesos mediante los cuales esto se efectúa, en segunda instancia. Esta es una pregunta crucial y, al mismo tiempo, abre la posibilidad de encontrar otras tareas fundamentales en el contexto actual que pueden desplegarse en conjunto. A continuación, se desarrollan algunos de los aportes que brinda *Tecnoceno* al respecto.

III

En el epílogo del libro, Costa enumera explícitamente los desafíos urgentes a los que nos enfrenta la nueva era digital, en particular, luego del shock de virtualización producido por la pandemia. Pero además de estos cuatro, la autora va dejando otros guiños a lo largo del texto que pueden ser tomados como tareas por abordar. Quizás de manera no intencional, por el estilo de escritura, o deliberadamente desparramados, podemos encontrar en capítulos anteriores algunas misiones, retos de nuestra época que arman una trama un tanto más amplia que la que se deja ver al final de *Tecnoceno*. Comencemos por mencionar los cuatro que figuran en el último capítulo, sin desarrollar lo que la autora dice sobre cada uno, por cuestiones de extensión y para decir algo distinto a lo que los lectores encontrarán al leer el libro.

En un contexto circunscrito a partir del análisis elaborado por Costa, en primer lugar, surge la necesidad de pensar el modo de hacer frente a la conjugación de “grandes volúmenes de información digitalizada, aprendizaje maquínico y vigilancia extendida” (154). En relación a esto, como si fuera el corolario de esa primera tarea, emerge la demanda de poner el foco en el tipo de relaciones que tenemos con las empresas que controlan las tecnologías en cuestión. En tercer lugar, la autora incorpora la

dimensión ambiental a sus desafíos y hace referencia a los efectos que tienen las aceleraciones que dan marco al Tecnoceno, en términos ecológicos. En cuarto lugar, superando una caricaturización de la propuesta transhumanista, Costa se pregunta por las implicancias que tendría el hecho de tomarse esta propuesta seriamente, es decir, qué significaría pensar al humano como algo obsoleto. Estos desafíos brotan de algunas de las problemáticas más importantes que se rastrean en el libro. Sin embargo, como advertía en el párrafo anterior, esta trama de tareas puede extenderse o, de otra manera, ponerse en relación con algunas dimensiones más.

Por un lado, la autora plantea el problema de la desdiferenciación, el *aplanamiento* o pérdida de profundidad en nuestro proceso de autoconocimiento en tanto humanos, que deviene de comprendernos como un conjunto de datos. La preocupación que formula, en este sentido, cuestiona ciertos efectos de la cultura de datos que podrían entrar en vínculo con algunas derivas del denominado giro ontológico. En otras palabras, lo que a partir de los principales postulados de este último puede resultar en una ontología plana o una democracia de las cosas, a Costa le inquieta en un sentido específico: la posibilidad de que en una cultura como la que describe todo sea reducido a datos indiferenciados e indiferenciables. Frente a esto, la autora plantea como tarea urgente la identificación de estas tendencias “para restituir a los procesos su densidad histórica” (96). A contramano de una inclinación hacia la transdisciplinariedad distendida, indeterminada, considero que la autora repara en la importancia de no descartar por completo ciertos modos de la diferenciación. Además, como si fuera una subtarea que se sigue de la anteriormente nombrada, llama a profanar los dispositivos técnicos que dan lugar, entre otras cosas, al aplanamiento de nuestra autocomprensión a través de conjuntos de datos.

Por otro lado, hacia el cierre del capítulo dedicado a las formas de vida infotecnológicas, desde una lectura elaborada a partir de Lash, la autora las caracteriza como unidades de sentido *no lineales* que se *comprimen*, se *aceleran* y, luego, además se *expanden*. Esto quiere decir que se extiende, se multiplica la cantidad de mensajes en circulación, las conexiones que pueden establecerse, al mismo

tiempo que se reduce y se simplifica su contenido, incluso hasta la posibilidad de vaciarse. Al respecto, Costa postula el desafío de darle *espesor narrativo* a nuestra relación con el entorno, de preguntarnos por el contenido de esa red de interacciones.

Finalmente, el texto le otorga un lugar central a la imaginación. Más allá de la negación y de los intentos de salirnos del terreno de las grandes innovaciones digitales -en general, esquivos-, la autora pone en común una misión inventiva en términos culturales, sociales y subjetivos; agregaría, también, políticos. Para que la pista de aterrizaje se transforme en una que permita despegar, Costa provoca la capacidad creativa de otros ámbitos a través de numerosos ejemplos recogidos en el arte. *Tecnoceno* es, como aporte político, insumo, aterrizaje e incitación al despegue.

Sofía Benencio

Bibliografía

Latour, B. (2019): *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*, Trad. Pablo Cuartas, Barcelona, Taurus.

Stengers, I. (2014): "La propuesta cosmopolítica", en *Pléyade*, N° 14, pp. 17-41.

Martínez, M. y Sarchman, I. (2020): *La imprevisibilidad de la técnica*, Rosario, UNR Editora, 177 pp.

El libro que aquí se reseña es el resultado de una recopilación de lecciones planteadas para un curso impartido por sus autoras en el año 2018, en la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Cada capítulo funciona como un núcleo en sí mismo, pero adquieren continuidad en la lectura sin demasiado esfuerzo, ya que reflejan con distintos

elementos y estrategias el fin común que le atraviesa: desautomatizar las nociones que se nos presentan como “obvias” en cuanto al espectro técnico para generar un terreno fértil de reflexión.

El esfuerzo de Margarita Martínez e Ingrid Sarchman por problematizar el entorno tecnológico, las matrices que nos constituyen hoy como sujetos y las lógicas sobre las que sostenemos ciertas prácticas relacionales se encuentra apoyado en el trabajo de diversos autores, como E. Sadin, E. Illouz, B. Groys, P. Sloterdijk, P. Preciado, entre otros; no obstante, la apuesta de las autoras excede el ámbito estrictamente académico, por lo que adoptan formas de escritura que resulten amigables para el lector no especializado, sin dejar de contener premisas y vectores interesantes para el ojo erudito. Los capítulos a cargo de I. Sarchman dan cuenta de un recorrido de corte historiográfico con análisis sociológico, mientras que los que se encuentran a cargo de M. Martínez poseen, además, una notable inclinación filosófica.

Luego de las palabras previas de Martínez y Sarchman y un prólogo a cargo de Christian Ferrer, digno de una ponderación tanto a nivel filosófico como literario, se da paso al capítulo inaugural del libro, en manos de Ingrid Sarchman. Aquí, la autora se propone elaborar una breve genealogía de la figura del “amor” desde el trabajo sociológico de Eva Illouz, fundamentalmente basado en el texto llamado *Por qué duele el amor* (2018), donde rastrea las implicancias estéticas y político-afectivas del amor cortés en el siglo XVII, caracterizado por la ceremonia y lo implícito en los afectos hacia un otro. En un ejercicio de contraste de dicho análisis con fenómenos actuales situados, como lo son el uso de aplicaciones para conocer parejas, la influencia de figuras del espectáculo sobre las formas de concebir nuestras relaciones y las directrices fijadas por los movimientos sociales de la época, Sarchman ralentiza la vorágine de ideas que se fijan constantemente en generalidades para ahondar en nuestros afectos particulares. En su planteo, se pone el foco en cómo tambalea el paradigma relacional actual sobre la multiplicación de posibilidades que los algoritmos ofrecen y la imposibilidad de pasar a la acción como correlato. El amor cortés era pensado y vivido en la sociedad como un destino del que no se podía escapar. Hoy, por el contrario, el amor ya no se presenta como

un destino, sino como una opción frente a muchas otras, donde el sujeto decisor medirá los costos en términos afectivos y materiales al momento de optar por algo, lo que suele dejarlo en suspenso.

En el segundo capítulo, Margarita Martínez pone el foco en la tríada de objeto técnico, personalización y dependencia. Cuando el primero se asimila a un objeto de cultura, su valor de uso en el mercado lleva a una validación de la posesión por medio de la personalización; es decir, con el fin de la construcción de una identidad para el usuario, una “producción del sí mismo”. La personalización es llevada a un límite en el que el sujeto tiende a involucrarse en una esfera de validación de sus propios intereses, fabrica un entorno que no le impacte por medio de asistentes maquínicos y se aísla de los otros. No obstante, Martínez destaca, de la mano de Sadin (2017), que en este repliegue sobre sí mismo en el que se pretende una amplificación, el sujeto declina en una dependencia que lo infantiliza. Tal es el caso, por ejemplo, del *smartphone*, que brinda contención, asistencia y asesoramiento.

En este sentido, la función protésica que antes aportaba la técnica y dejaba a *lo humano* en un lugar jerárquico se ve desplazada por la dependencia a la satisfacción constante y progresivamente se ofrece el cuerpo como un campo instrumental para los fines de la máquina en la era de los datos. Así, el tercer capítulo titulado “El cuerpo incómodo” se sumerge en este tópico para problematizar la gestión biopolítica bajo las rúbricas de “salud” y “seguridad” que el aparato estatal despliega con las tecnologías de la información. Sarchman invita, a su vez, a cuestionar aquí aquellos ensamblajes arquetípicos humano-maquínicos como el *cyborg* o el monstruo teratológico que hemos usado para problematizar las corporalidades hoy: no hace falta pensar en seres extraordinarios, sino en seres comunes y corrientes que van de compras y utilizan sus teléfonos para geolocalizarse, por ejemplo.

Tras haber relevado ciertas implicaciones afectivas que conllevan las tecnologías de la información, Martínez se aboca a trabajar sobre los problemas que presenta la oposición entre los dominios de “lo real” y “lo virtual” en el cuarto capítulo. Para ello, se vale del amplio abanico de producción filosófica que hay en torno

al concepto de *representación*: la virtualidad se presenta como heredera del mundo representativo, una suerte de “falsas imágenes” frente a la supremacía de “lo real”; sin embargo, señala, desde la Antigüedad griega existe una relación ambigua entre imagen y cosa, por lo que la herencia apuntada no es más que una condena a cierto tipo de interpretación de la imagen. El cuerpo se ve afectado a un nivel nervioso por su interacción con el contenido de una pantalla, hay una continuidad espacio-temporal que se experimenta como algo natural; no es más que otro sistema de fuerzas en el que se ve inmerso el individuo, un sistema de economía libidinal, enfatiza Martínez a partir de Preciado (2008).

Este énfasis en un tipo de economía libidinal y la tensión señalada entre ambos dominios hace fluído el pasaje a los dos últimos capítulos del libro, que ofrecen consideraciones abarcadoras de lo trabajado a lo largo del texto hasta el momento. El capítulo titulado por Sarchman “La insoportable levedad de algunos discursos” pivotea, fundamentalmente, entre los planteos del campo de la autoayuda y las exposiciones orales sistematizadas de tipo inspiracional. Allí donde se pueda extraer una experiencia individual que parezca provechosa para un otro se configura un aparato discursivo que apela a gestionar las emociones de manera individual; se menciona la importancia de lo comunitario, pero se atomiza las prácticas de bienestar con aspiraciones de superación personal, un espectáculo del sí mismo que no se detiene en las particularidades de cada interioridad.

Martínez, por su parte, aborda en el sexto capítulo el problema de la vigilancia y la (posible) hermenéutica maquínica frente a la distribución del espacio urbano. La tesis que destaca sostiene que las tecnologías de las imágenes incidieron notablemente en el proceso de *gentrificación* iniciado a fines de la década de los ‘80 e inicios de los ‘90. Tal como ya había dejado ver en los capítulos previos, la autora encuentra fructífero volver constantemente a abordajes que partan de la problematización del capital. En este sentido, el trabajo de M. Fisher (2016, 2018) en torno a los denominados “bienes culturales” como mercancías paradigmáticas del capitalismo tardío le servirá como eje conductor, así como el rol de la arquitectura en la expresión del régimen económico destacado

por Jameson (1991) y el fenómeno de la hipertextualidad manifestado en las redes de información y almacenamiento. Para finalizar, Martínez destaca con precisión la arista estrictamente política que ofrece Fisher (2016, 2018) en su ya conocido trabajo sobre la nostalgia por los futuros perdidos e invita a conectarnos hoy con la utopía, evitando las inclinaciones derrotistas por las que ya se ha transitado hasta el cansancio en nuestra época.

Han transcurrido tres años desde la publicación de *La imprevisibilidad de la técnica* (2020), y tal afirmación se nos presenta más que relevante dada la coyuntura que se desplegó en dicho período de manera intempestiva; en tal contexto, este libro pasa a estar dotado de un potencial reflexivo mayor al que se proyectaba en los inicios de su escritura. Como se ha mencionado, el objetivo del curso que daba origen a este texto giraba en torno a problematizar ciertos tópicos y a recorrer su imprevisibilidad; hoy nos resulta evidente el carácter de necesidad que demanda el análisis de la cuestión técnica, por lo que las autoras llaman a no clausurar, a su vez, la imprevisibilidad misma del pensamiento que una posición tecnófila o tecnofóbica pueden provocar, sino meramente a hacernos cargo de los efectos no esperados en los que hoy nos vemos envueltos para intentar desenvolver un accionar político con otras consideraciones.

La técnica nos dice cómo controlar, cómo prever los escenarios posibles para reducir al mínimo la incertidumbre del mundo que habitamos, pero la técnica misma termina por dar un giro al mostrarse como imprevisible en sus efectos: para las autoras, ese exceso de lo imprevisible en la técnica es algo que requiere atención para que no opere como clausura, sino como aquello que permite poner en cuestión la sumisión absoluta a la utilidad en la que la Modernidad nos había envuelto; nos presenta otras vidas posibles.

Romina Inés Pogliani

Bibliografía:

Fisher, M. (2016): *Realismo capitalista*, Trad. C. Iglesias, Buenos Aires, Caja Negra.

Fisher, M. (2018): *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*, trad. Fernando Bruno, Buenos Aires, Caja Negra.

Illouz, E. (2012): *Por qué duele el amor*, Trad. M. V. Rodil, Buenos Aires, Katz/ Capital Intelectual.

Jameson, F. (1991): *Ensayos sobre el posmodernismo*, Trad. E. Pérez, Buenos Aires, Imago Mundi.

Preciado, P. (2008): *Testo Yonqui*, Madrid, Espasa.

Sadin, E. (2017): *La humanidad aumentada: la administración digital del mundo*, Trad. J. Blanco y C. Paccazochi, Buenos Aires, Caja Negra.